

La Marcha Trágica a Través de Matanzas

ab 16/50 Par.

Los tres combates del 15 de julio de 1897: Victoria de Jicarita, derrotas en Valderramas y Puerta del Hato. Combates en las ciénagas

Se apagaban en la sabana de Prendes los últimos ecos de la diana de victoria en la tarde del 10 de julio del 97. La tropa libertadora se había racionado abundantemente con los caballos muertos, esparcidos en largo trayecto; y habiase provisto de alguna ropa en el registro de los cadáveres. Las cartucheras estaban repletas de parque arrebatada al enemigo. Al borde de un pozo se había apagado la ardiente sed creada por la fatiga del combate. Habían pasado tres horas: eran las tres, y ordené formación y marcha. Ya no podía esperar al teniente coronel Dantín, internado, desde antes del combate en el monte —en busca de práctico—, y que no aparecía por ninguna parte

Por caminos desconocidos, a la sola guía de la brújula, avanzábamos en silenciosa marcha bajo los ardientes resplandores del sol de julio. La euforia del primer gran triunfo sobre el temido suelo de Matanzas, dominaba cualquiera otra preocupación; y al acompasado andar de la caballería, bien ganada, soñábamos galopar por los llanos de Matanzas y La Habana junto al heroico general Mayía Rodríguez y la brillante oficialidad de Occidente...

En lugar desconocido acampamos, sin práctico al oscurecer del 10; y por solitarios caminos —atenidos sólo a la brújula y un plano de la provincia y, sobre todo, a constantes exploraciones de frente y flancos—, avanzamos el 11 y el 12. Anocheceía cuando acampamos en el famoso Hato de Jicarita, muy cerca del lugar donde el general Lacroix había librado un glorioso combate en julio del 96 y donde —dentro de tres días—, tendría lugar uno mayor y más sangriento, seguido el mismo día, de dos reverses y de una persecución sangrienta a través de la Ciénaga... Contenta estaba la tropa con la abundancia de plátanos.

El 13 y el 14 mudé de campamento, pero siempre dentro del inmenso hato, donde aguardaba desde el día 12, al Jefe del Departamento.

Al amanecer del 15 de julio, poco después del toque de diana y del de formación, una comisión de la tropa me trajo el obsequio de original pudín de plátanos manzanos, yuca y boniato sin nada de azúcar. Además la petición de una arenga... En seguida galopé hacia la línea de formación. Llevaba puesta la chaqueta de lana del coronel Armendariz, prendida al pecho la condecoración de sus méritos. Me emocionaron los vitores y, con toda el alma, hablé de la patria: ¡luminoso objetivo de tantos sacrificados!

Terminada la arenga, llegó una pareja exploradora con el aviso de inminente proximidad de una gran columna de caballería. Ordené ocupar inmediatamente una larga hileras de cercas de piedras, a cuyo frente extendiase una sabaneta por donde había de llegar el enemigo. A la avanzada mandé que se replagara sin disparar.

En la cerca de piedra, se situó en la extrema derecha, el batallón oriental, al mando del teniente coronel José Caridad López y del comandante Ramón Matilde Ortega, las dos compañías; a continuación la infantería del teniente coronel Sosa, que acababa de incorporarse y cuyo segundo en mando, el teniente coronel Arturo Lara, de probado valor, lo conocí mucho antes, en compañía de otro oficial muy distinguido, el comandante Plácido Hernández. A continuación del teniente coronel Sosa, mandé colocar los matanceros del teniente coronel Dantín, quien se me había reunido la noche anterior, con algunos reclutas, de los llamados majases; que eran, en la realidad matanceros, patriotas errantes por los bosques, sin medios de combatir; pero dispuestos a todas las privaciones, y a morir al filo de las guerrillas antes que presentarse al opresor. Recorrí dos veces la larga fila desplagada y parapetada —cuatrocientos treinta hombres—, y en un callejón, a la derecha, aguardaba su oportunidad el flamante escuadrón de caballería.

La fuerza de Dantín, al pasar al puesto señalado, rompió filas para coger cercanos racimos de plátanos. Las súbitas descargas españolas hi-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

cieron irremediable aquel principio de desorden, justamente en el lugar por donde avanzaba el enemigo. Tratando de ayudar a Dantín a cerrar aquella brecha, con la infantería de Sosa, allí permanecí hasta en que herido Dantín en una piedra me pidió le dejase internarse en la Ciénaga con aquellos fugitivos suyos que pudiera reunir. Nos despedimos, bajo una lluvia de balas, y pasé a recorrer la línea. Vi a Lara de pie sobre la cerca, como si mandara una maniobra, y le dije que se parapetara en la cerca junto a su tropa «para no ofrecer tanto blanco». Al trote del caballo recorrí la línea hasta la extrema derecha, donde permanecí con el teniente coronel López, vigilando el combate. Inesperadamente, vi toda la tropa de Sosa retirándose —a paso acelerado hacia la Ciénaga. Se llevaba al teniente coronel Arturo Lara, muriéndose, de un balazo en el vientre. Quedaba sólo frente a la acometida de una columna de dos mil soldados—, cuyo jefe era el coronel Aldea según informes posteriores—, la exigua infantería oriental, reducida a unos ciento treinta hombres, y el escuadrón de sesenta jinetes, pie a tierra; porque no se podía pensar en cargar ninguna. Frente a nuestra cerca yacían muchos hombres y caballos muertos; pero el fuego, cada vez más fuerte, impedía recogerles las armas. Hubo un intento enemigo de flaqueo. Envueltos en el humo, tres jinetes llegaron al borde de nuestra cerca; el delantero, un oficial, me dió una palmada en el hombro, a tiempo que repetía, como sus dos compañeros: «Alto, ¿quién vive?». Tan rápido se alejaron que no tuvimos tiempo de tirarle, por tener López y yo en esos momentos, no el revólver, sino el machete en la mano.

Transcurrían en el obstinado desafío más de dos horas. Temí una carga del enemigo, y pensaba en el modo de retirarnos, cuando nos sorprendió el retroceso de la línea contraria, algo más de un kilómetro; donde hizo alto; no sabíamos con qué fin. Aprovechamos ese movimiento para poner en retirada la infantería, y desplegar en su lugar los jinetes; mientras aquella alcanzaba un monte, dividido a media legua de distancia, donde se le ordenó aguardarnos.

Cuando alcanzamos a ver en salvo la infantería, corrimos los jinetes a alcanzarla. Reunidos, hicimos alto junto a las cercas de la finca Valderramas con un pequeño monte a la espalda. No era posible seguir adelante; porque una pareja exploradora avisó haber oído lejanos toques de corneta. Y lo peor: carecíamos de práctico. Decidimos alejarnos antes de hacer alto para almorzar alguna carne de caballo, que todavía guardaban los jologos. Lo impidió

el enemigo, que, momentos después, arrollaba a galope la avanzada. Planteado un nuevo combate, estábamos, parapetados en las cercas de piedra, conteniendo la irrupción violentísima, cuando en otra dirección apareció la columna del terrible general Molina, al aire de carga. Tan rápido fue el ataque de este nuevo enemigo, que oíamos sus voces: «¡Arriba, viva España!». Un soldado matancero me dijo: «Ese es Molina, he oído esa voz muchas veces». Estrechada nuestra caballería, ya sin esperanzas de cargar, abandoné los caballos al entrar al monte y, junto con la infantería, disparó sus tercerolas hasta que dispuse la retirada a través del monte desconocido. Seguíamos a nuestros heridos, abandonados los muertos, y no pocos extraviados, víctimas inmediatas de los feroces guerrilleros. Teníamos encima todas las guerrillas de los pueblos cercanos. Penetrando el monte, macheteaban sin cuartel.

En nuestra angustiosa retirada llegué, al ponerse el sol, a unas hondas furnias, ventajosas para contener al enemigo desenfrenado. A la carrera coloqué en ella los hombres que aún tenían ánimo para combatir, y recibimos con una descarga a los guerrilleros; que en desorden se acercaban y que tuvieron que volver las espaldas. López y yo clamamos, ante nuestros hombres: «a pelear por la vida». Restablecimos durante media hora una resistencia mortífera, y oscurecía cuando desapareció de nuestra vista el enemigo, sin que pudiéramos averiguar si iba a acampar cerca o lejos. De cualquier modo, a favor de la noche nos alejamos en dirección a la Ciénaga, esparciéndonos en aquellos breñales para evitar el rastro. Llegamos a un camino ancho, cuya abundante yerba veíase aplastada y caliente por el paso de una columna enemiga. El mejor medio de ocultar nuestra marcha era ir sobre ese rastro.

Así anduvimos —un centenar de hombres flamélicos, demacrados, exhaustos—, hasta llegar a las inmediaciones de la pavorosa ciénaga; cuyas aguas extendidas hasta el horizonte, parecía un sepulcro abierto a nuestras esperanzas... En su margen, en medio de un cuadro, envuelto por la selva y surcado por furnias y rocas, se alinearon nuestros últimos fusiles, en espera de la muerte, o de la noche... Sin tener ya nada nuevo que disponer, me encontraba acostado sobre las piedras, leyendo el Quijote cojido

en Prendes entre el equipo del coronel Armendariz. «Ante algunos de los pasajes no pude contener la risa. Fue entonces que se me acercaron el teniente coronel López y mis ayudantes Tiberio Alomá y Enrique Tapia. «No sabe usted cuánto bien nos ha hecho con esa risa. Vemos que tiene la seguridad de salir bien de este terrible trance». «En efecto —les dije—, todo va relativamente bien; nada hay que hacer, sino silencio y esperar la noche para entrar en la Ciénaga».

Esa misma noche, al regreso de la columna que nos buscaba en el inmenso pantano, y sobre su mismo rastro —todavía caliente y aplastada la hierba—, iniciábamos el lóbrego recorrido con el agua y el fango a la rodilla y a veces a la cintura, por la inmensidad desolada cuyo silencio sólo turbaba el vuelo de algunas aves, o el chapotear de los cocodrilos...

Pais, at 16/50



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA